



Entre ríos, esteros y pozos. Agua, instalación y movilidad indígena en el Chaco y la llanura santiagueña: perspectivas etnográficas, históricas y arqueológicas

Among rivers, marshes, and wells. Water, settlement, and indigenous mobility in the Chaco and the Santiago del Estero plains: ethnographic, historical, and archaeological perspectives

Judith Farberman¹ y Constanza Taboada²

¹Centro de Estudios de Historia, Cultura y Memoria, CeHCMe, Universidad Nacional de Quilmes. Universidad de Buenos Aires. CONICET. E-mail: jfarberman@gmail.com

²Instituto Superior de Estudios Sociales, ISES, CONICET-UNT. Instituto de Arqueología y Museo, Facultad de Ciencias Naturales e IML, Universidad Nacional de Tucumán. E-mail: constanzataboada@gmail.com

Resumen

Este artículo analiza, desde la arqueología y la historia, las estrategias de asentamiento y movilidad de las sociedades indígenas de la llanura santiagueña y del Chaco en relación con la escasez o demasía de agua. Se enfoca en distintos sectores dentro de este gran espacio y discute el uso de ríos y bañados, así como la implementación de pozos y represas. Indaga asimismo en la relación entre paleoambiente, organización socio política, control de los recursos y envergadura de los trabajos necesarios para aprovecharlos. Las coordenadas cronológicas atienden a dos duraciones diferentes. El análisis arqueológico se extiende entre el 1000 de la era cristiana y la conquista española, período que conoció dos eventos paleoclimáticos de signo opuesto: el Cálido Medieval y la Pequeña Edad del Hielo. El relato histórico, en cambio, se ocupa de un período más breve y particularmente árido -la primera mitad del siglo XVIII-, de plena expansión de las misiones jesuíticas.

Palabras clave: Represa; Movilidad; Ambiente; Chaco; Santiago del Estero.

Abstract

This article analyzes, from the perspectives of archaeology and history, the settlement and mobility strategies of indigenous societies in the plains of Santiago and Chaco in relation to the scarcity or abundance of water. It focuses on different sectors within this vast area and discusses the use of rivers and wetlands, as well as the implementation of wells and dams. It also explores the relationship between paleoenvironment, socio-political organization, resource control, and the scale of the efforts required to exploit them. The chronological coordinates cover two different durations. The archaeological analysis spans from the year 1000 of the Christian era to the Spanish conquest, a period that experienced two opposite paleoclimatic events: the Medieval Warm Period and the Little Ice Age. The historical account, on the other hand, deals with a shorter and particularly arid period - the first half of the 18th century - during the full expansion of the Jesuit missions.

Keywords: Represa; Mobility; Environment; Chaco; Santiago del Estero.

Introducción

“Todos estamos a la expectativa, esperanzados en la creciente esa que debe venir por el río barrancoso; hueco, estéril río la mayor parte del año... Cuando llegamos a la punta del agua, ésta se derrama en una hoya profunda. Es una lengua que embebe la tierra al tiempo que se desliza como un reptil incontenible...” (Abalos, 1975: 42).

Este artículo trata del manejo regional del agua

considerando estrategias de instalación, movilidad y relaciones socio-políticas entre fines del primer milenio de la era cristiana y el siglo XVIII. Se enfoca en la llanura que se extiende entre Santiago del Estero y Chaco (Argentina), un área históricamente signada por su dinámica hídrica (Figura 1). La intención es proveer y evaluar datos a fin de problematizar la cuestión y guiar análisis más específicos a futuro.

Si bien el agua ha sido siempre un factor vivificador, aprovechable de diferentes maneras, tanto su escasez



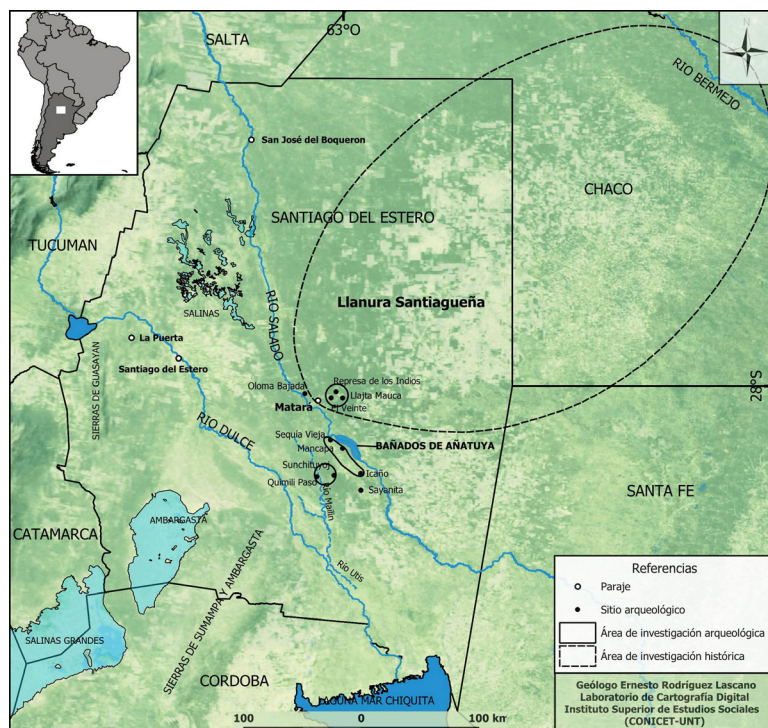


Figura 1. Mapa del área de estudio con ubicación de sitios, ríos y lugares mencionados en el texto. Elaboración: Ernesto Rodríguez Lascano (ISES CONICET-UNT).

Figure 1. Map of the study area with the location of sites, rivers, and places mentioned in the text. Prepared by: Ernesto Rodríguez Lascano (ISES CONICET-UNT).

como su demasía han sido causa de hambrunas, migraciones forzadas y conflictos en la historia de Santiago del Estero y del Chaco. Sequías extremas e inundaciones se han sucedido en ciclos estacionales y también de modo eventual, vinculando factor ambiental, prácticas tradicionales y dinámicas sociales.

Por cierto, no se trata de una cuestión privativa del área de estudio (que, sin embargo, exhibe ciertas particularidades). La problematización del manejo del agua en las tierras bajas sudamericanas ha visibilizado el desarrollo de prácticas históricas, así como de paisajes arqueológicos compuestos por montículos y depresiones asociados a áreas inundables. Se ha planteado para ellos la posibilidad de su modelación y gestión antrópica, pero también la dificultad para discernir en términos prácticos y conceptuales el grado de intervención humana y natural (Bonomo et al., 2019; Fresco, 2003; Giannotti y Suárez, 2011; Mazz et al., 2016; etc.). Asimismo, reviste gran actualidad la discusión sobre el desarrollo de tecnologías que no sólo se orientaran al encauzamiento y almacenaje, sino que incluyeran también una infiltración subterránea del agua para su posterior recuperación: la llamada “siembra y cosecha de agua” (Heider, 2023; Martos-Rosillo et al., 2020).

Nuestra hipótesis es que una dinámica ambiental como la operada en la región de estudio debió generar paisajes sumamente cambiantes en sus morfologías y en la distribución espacial y temporal del agua y de los recursos naturales, con consecuencias en el habitar. Estas circunstancias habrían sido afrontadas, a la vez que aprovechadas, a través de estrategias y adecuaciones -eventuales, periódicas o definitivas- vinculadas con la obtención de agua y otros recursos, la vivienda, la

permanencia de instalación, la circulación y los modos de interacción, con variaciones según se tratara de épocas de escasez o de abundancia hídrica.

El artículo se organiza en cuatro partes. La primera consiste en una descripción ambiental; las siguientes, complementarias entre sí, articulan investigaciones etnográficas, arqueológicas e históricas. Por la diferente naturaleza y disponibilidad de los datos, no se pretende cubrir exactamente los mismos temas y espacios, aunque la región abarcada presenta semejanzas en términos ambientales, modos de instalación y tradiciones culturales, que permiten su integración en el análisis.

La sección etnográfica es sólo una plataforma de partida que, además de mostrar la relevancia que tiene el ambiente en la organización de la vida local, busca comprender las lógicas de gestión hídrica para mejor evaluar la información arqueológica y los escritos de época colonial. Los datos han sido obtenidos mediante observaciones en Santiago del Estero y son similares a los recogidos entre las comunidades Toba de Chaco (Martínez et al., 2014).

La segunda parte desglosa la cuestión arqueológica para algunos sectores de la llanura santiagueña (Figura 1). Para ello, se utilizan resultados de trabajos de campo del equipo y datos del siglo pasado, que muestran semejanzas con los modos de instalación prehispánica referidos para la provincia de Chaco (De Feo et al., 2003; Lamenza et al., 2019; Salceda et al., 2008). Se postulan, asimismo, con las situaciones paleoclimáticas, considerando lógicas de eficiencia y necesidades vitales en el marco de los desarrollos socio-políticos prehispánicos.

La tercera parte es un relato histórico basado en fuentes textuales, que suma sectores del espacio chaqueño, una suerte de *hinterland* oriental del Tucumán colonial. A los efectos de este artículo, se piensa prioritariamente en la extensa región que se abría al oriente del río Salado y que llegaba hasta el Bermejo (Figura 1). Aunque sin conquistar, este *commedio* era transitado por “indios cristianos” y grupos hispanos criollos que buscaban desplegar estrategias ofensivas y defensivas como la erección de reducciones (Lucaioli y Sosnowski, 2018; Maeder et al., 2016; Salinas y Folkenand, 2018). La información -aportada principalmente por jesuitas- es útil para el análisis de la movilidad indígena en función de la consecución de agua y sirve como fuente de hipótesis para pensar datos arqueológicos, sin pretensiones de formular analogías directas, ni aplicar los datos de unos u otros momentos a diferentes épocas, espacios y poblaciones¹.

Marco geográfico ambiental

Nuestro estudio atiende a diversos sectores de la llanura que se extiende entre los ríos Dulce, Salado y Bermejo (Figura 1), dentro del Distrito del Chaco Semiárido (Giménez y Moglia, 2003) de la Provincia fitogeográfica Chaqueña (Oyarzabal et al., 2018). Esta región carece de cursos permanentes en la amplia superficie entre el Salado y el Bermejo y muestra una amplia variación hídrica estacional. Así, las precipitaciones mínimas se producen en invierno (15-150 mm) y las máximas en el verano (250-450 mm), con tendencias “doble pico” para fines de primavera y verano (Giménez y Moglia, 2003, siguiendo a Hirschhorn, 1986). Períodos de severas sequías contrastan con inundaciones que pueden durar varios meses (Morello y Adámoli, 1974).

Debido a la escasa pendiente, los ríos se han desplazado, unido y separado, derramándose en bajos naturales, formando o reactivando bañados y anegando grandes superficies (Morello y Adámoli, 1974). Los paleocauces, las referencias históricas y los mapas antiguos muestran que la deriva fluvial afectó a la región desde antiguo, cambiando la fisiografía, la distribución de recursos y las posibilidades de instalación y vida (Cioccale, 1999; Herrera et al., 2011; Iriondo, 2006).²

Si bien no existen análisis paleoclimáticos locales, estudios paleoambientales regionales (Cioccale, 1999; Iriondo, 2006; Tonni, 2006), datos arqueológicos y geomorfológicos de la zona (Cione et al., 1979; Del Papa, 2012; Frenguelli, 1940;

¹ Somos conscientes de ciertos desplazamientos de las coordenadas temporales y espaciales, y de que abipones y mocovíes -a diferencia de las parcialidades vilela de las que habla Andreu- habían adoptado el caballo hacía tiempo, transformando su movilidad y capacidad guerrera (Lucaioli, 2011; Nesis, 2005).

² Hay que tener en cuenta que la concentración de salinidad del agua del Salado (hoy considerada intomable) pudo estar más diluida en épocas de mayor caudal y humedad (Rodríguez Lascano, Com. Personal, 2023), además de no poder estimarse los parámetros culturales de aceptabilidad.

Lorandi, 2015) e información de fuentes coloniales (Castro Olañeta, 2013; Herrera et al., 2011; Taboada y Farberman, 2014) permiten hipotetizar una concordancia general entre la situación local y las variaciones paleoclimáticas macrorregionales. Podemos pensar en un ambiente y una dinámica climática del pasado más o menos semejantes a los actuales, con intensificación de ciertos factores – esencialmente la diferente disponibilidad hídrica- durante los eventos climáticos conocidos como Cálido Medieval y Pequeña Edad de Hielo.

Hacia el 1500 A.C., se inició una época de gran aridez, que habría culminado entre mediados y fines del primer milenio de la era cristiana con el Cálido Medieval (Iriondo, 2006). Este evento propició un ambiente templado y húmedo, desarrollo de suelos y expansión de sistemas fluviales y lacustres, llegando hasta, aproximadamente, el 1300 o 1400 D.C. Por entonces, sobrevino la árida y fría Pequeña Edad de Hielo, que se prolongó hasta el siglo XIX (Cioccale, 1999).

La Pequeña Edad de Hielo, empero, no fue uniforme. Atravesó periodos con precipitaciones extraordinarias que provocaron inundaciones en torno a los ríos Dulce y Salado e impulsaron traslados poblacionales (Herrera et al., 2011). Dio lugar a dos principales pulso fríos y áridos, separados por una época más benigna. El primero se habría iniciado en momentos prehispánicos tardíos, cubriendo el siglo XV hasta finales del XVI, mientras que el segundo, más importante, se extendió a lo largo del siglo XVIII, caracterizándose por oscilaciones extremas e intensas sequías (Cioccale, 1999; Herrera et al., 2011; Iriondo, 2006). Nuestro estudio arqueológico abraza ambos eventos climáticos; el relato histórico, en cambio, transcurre durante el último pulso árido.

Manejo tradicional del agua en la llanura santiagueña

Actualmente, la dinámica ambiental y la marcada estacionalidad hídrica tienen importantes consecuencias en las actividades e instalación de la población (Giménez y Moglia, 2003). La *seca* incide sobre el consumo de personas, animales y plantas, convirtiendo áreas otrora habitables, productivas y con diversidad natural en desiertos y salitrales. También la demasía de agua puede acarrear cambios significativos: junto a su potencial para regar bosques y cultivos, reactivar cauces secos, formar bañados que atraen la fauna y colmar reservorios, suele generar grandes anegamientos que modifican el paisaje y sus posibilidades de uso (Figura 2).

Las poblaciones rurales locales han ideado históricamente modos de instalación y tecnologías específicas para proveerse de agua en momentos de escasez y para aprovecharla mientras se hallaba disponible, evitando los efectos devastadores en situaciones de exceso. Dentro de la escasa variación altitudinal del paisaje, la instalación busca siempre los terrenos más elevados. Así, el agua escurre y se

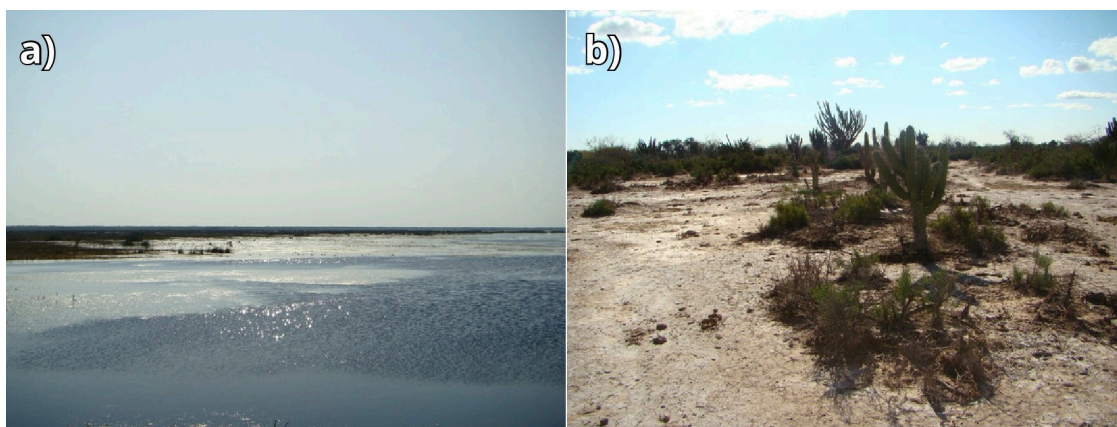


Figura 2. a) Bañados de Añatuya. b) Área desecada en la llanura santiagueña. Fotos: Constanza Taboada.

Figure 2. a) Marshes of Añatuya. b) Desiccated area in the Santiago del Estero plain. Photos: Constanza Taboada.

acumula en bajos alledaños o en receptáculos artificiales, sirviendo de reserva e irrigando sembradíos (procedimiento ya registrado en las fuentes coloniales (Lorandi, 2015)) (Figura 3). Estos dispositivos, no obstante, pueden no ser suficientes. Es usual que los pobladores opten por trasladarse a sus puestos cuando se inunda el lugar donde viven, para re-habitarlo cuando baja el agua. Los modos constructivos también son apropiados al ambiente: Los ranchos de palo a pique utilizan postes de quebracho colorado que soportan las inundaciones sin pudrirse, o bien pueden desarmarse y trasladarse (Taboada, 2023).

Lluvias, ríos y bañado son fuentes naturales de agua, que concentran, asimismo, fauna y flora usadas respectivamente para el consumo y las construcciones. También los bajos acumulan agua de lluvia, de escurrimiento y de desborde fluvial, que se aprovecha antrópicamente. En cuanto a las aguas subterráneas, se obtienen mediante pozos de diferentes características. A las aguas profundas, se accede con perforaciones complejas, calzadas con mampostería o quebracho colorado para que no colapsen. Otros pozos más simples se cavan en fondos de paleocauces y *represas* secas, buscando aguas retenidas a poca profundidad por capas arcillosas (Wagner y Wagner, 1934).

Las *represas* son los más característicos de los reservorios artificiales. Muy difundidas en Santiago del Estero, pero también usadas en Chaco y otras provincias linderas, son amplios receptáculos para reunir agua de lluvia (una represa doméstica puede tener unos 6 x 6 m promedio). Se suelen cavar estratégicamente en bajos naturales, de modo de captar también aguas de escorrentía mediante el acomodamiento de la tierra extraída a través de pendientes y/o canalizaciones. Se profundizan hasta alcanzar una capa arcillosa, que funciona como base bastante impermeable al ser compactada mediante el pisoteo del ganado. Pueden estar cercadas para regular su uso o el ingreso de animales (Figura 3). Es común la reutilización y re-excavación de *represas* antiguas.

Agua e instalación en tiempos prehispánicos y pericoloniales

La presunción de la importancia de la gestión del agua para las poblaciones indígenas de la llanura santiagueña atraviesa la bibliografía arqueológica pionera. Sitios conformados por montículos asociados a cauces secos y a hondonadas a las que, por su similitud con los dispositivos actuales, se denominó *represas*, dispararon discusiones sobre su génesis y función (Relaciones, 1940; Wagner y Wagner, 1934). En su mayoría, el agua jugaba un papel relevante, y la movilidad asomaba entre las opciones propuestas para afrontar los cambios hídricos críticos (Reichlen, 1940). Posteriormente, el tema sólo fue retomado dentro de una investigación más amplia (Lorandi y Lovera, 1972; Cione et al., 1979).

Se propone aquí una relectura de los datos disponibles a partir de nuevas vías de entrada. Una de ellas sigue indicios identificados por Reichlen (1940), que evidencian la necesidad de desarmar las generalizaciones construidas por los Wagner. Otra, matiza caracterizaciones previas, considerando nuevos datos de campo y laboratorio, lapsos de ocupación de los sitios y asociaciones estratigráficas, contextuales y espaciales. Los avances han mostrado la pertinencia de correlacionar datos arqueológicos y variaciones paleoambientales, y de incluir factores relevantes sobre la base de observaciones etnográficas, referencias coloniales y lógicas de uso. Dichos aspectos fueron útiles para evaluar diferencias y co-ocurrencia en relación con distintas épocas, climas, espacios, fuentes de agua y presencia/ausencia de montículos y bajos/*represas*, afinando aproximaciones previas (Taboada, 2019). Sin embargo, la insuficiencia de estudios específicos sobre el tema y de datos modernos sobre gran parte de los sitios trabajados el siglo pasado confieren al estudio arqueológico el carácter de una problematización preliminar.

En principio, cabe advertir que, para la época árida

Figura 3. a) Bajo natural (Bajo del Coronel, Icaño). b) Paleocauce usado para sembrar (Mancapa). c) Represa El Tirano (Copo). d) Pozo de agua cavado dentro de una represa seca en los Bañados de Añatuya (en primer plano, una batea). Fotos. Constanza Taboada



Figure 3. a) Natural lowland (Bajo del Coronel, Icaño). b) Old riverbed used for sowing (Mancapa). c) "Represa" El Tirano (Copo). c) Well for wáter inside a dry "represa" in marshes of Añatuya (in the foreground, a "batea"). Photos. Constanza Taboada.

previa al Cálido Medieval, no se han detectado sitios arqueológicos en nuestra zona, a diferencia de lo que ocurre hacia el río Dulce y la zona serrana provincial (Gramajo, 1978; Togo, 2004, etc.). Si bien algunas pocas evidencias aisladas podrían remitir a dicho momento (Taboada y Angiorama, 2021), recién hacia fines del primer milenio de la era cristiana -en concordancia con cambios hacia una mayor humedad y temperatura- hay evidencia clara de instalación humana. Mientras no se registren datos arqueológicos previos significativos, es posible hipotetizar que recién al aumentar el régimen hídrico se dio un poblamiento más estable o denso de la zona (Taboada, 2019). Por estas razones, no habremos de ocuparnos de este momento.

Atenderemos, en cambio, al período que se abre hacia fines del primer milenio y que muestra una situación muy diferente, con la aparición de pequeños poblados constituidos arqueológicamente por montículos y posibles *represas* (u hondonadas). Para esta época, en la que es imaginable la disponibilidad hídrica en ríos, esteros y bajos, el desafío pudo ser el de sortear los efectos nocivos de la demasía y aprovechar sus ventajas. Podemos hipotetizar que la región resultó un espacio más habitable y apetecible que antes por sus recursos naturales, concitando la expansión poblacional y el desarrollo de estrategias para habitarla. Es significativo que el modo de instalación en montículos aparezca precisamente en este momento y sólo en los sectores de llanura (Lorandi y Lovera, 1972; Taboada, 2019). Aunque discutidas a lo largo de sus diversas variantes sudamericanas, las interpretaciones locales que proponen a los montículos y la habitación sobre-elevada como un resguardo contra las inundaciones (Lorandi, 2015; Reichlen, 1940) cobrarían

mayor peso situadas específicamente en el contexto local de esta época y condición geográfico-ambiental (ya vimos cómo hoy se privilegian las zonas altas para el emplazamiento habitacional). Respecto de las mentadas *represas* arqueológicas, las más antiguas referidas corresponden a El Veinte, un sitio ubicado en plena llanura santiagueña, cuya primera ocupación data de inicios del segundo milenio (Lorandi, 2015). Al igual que para los montículos, tampoco se han informado *represas* para momentos más tempranos que éstos, ni para otros sectores de Santiago del Estero³.

Revisemos ahora la información de los dos sitios mejor conocidos de nuestra área que presentan ocupación correlacionable con el Cálido Medieval: El Veinte y Quimili Paso (trabajados por Lorandi en los años 70). Sobre la base de diversos tipos de datos, se ha propuesto para El Veinte un modelo ecológico en el que el agua jugaba un papel fundamental (Cione et al., 1979; Lorandi y Lovera, 1972). La calibración de los tres fechados obtenidos por Lorandi (2015), junto al análisis integral de las evidencias arqueológicas, apuntan a que la instalación en El Veinte se habría iniciado durante el Cálido Medieval (Tabla 1). Ubicada a 25 km del Salado, la zona está surcada de paleocauces que, al momento de su ocupación, debieron estar activos o bien pudieron llenarse con agua pluvial. Los datos arqueofaunísticos remiten a un ambiente rico en recursos y más húmedo que el actual, que la población habría aprovechado consumiendo una amplia variedad de fauna (mamíferos típicos de humedales, aves de ambientes acuáticos y peces de bañados y de cauces de

³ Resultará necesario evaluar si los bajos asociados a sitios tardíos de la cuenca media del río Dulce trabajados por Togo (2004) pudieran ser análogos a las consideradas *represas* por Wagner y Lorandi.

ZONA	SITIO	SIGLA	FECHADO	CAL. AD 1 SIGMA	REFERENCIA
Mesopotamia Sant.	Quimili Paso	VIC 863	1140 ± 60 AP	892-944 p. 0.48616 949-993 p. 0.423412 1006-1017 p. 0.090428	Lorandi 2015
Mesopotamia Sant.	Quimili Paso	VIC 862	750 ± 70 AP	1230-1247 p. 0.130847 1267-1320 p. 0.545165 1353-1386 p. 0.323988	Lorandi 2015
Mesopotamia Sant.	Quimili Paso	GIF 2309	730 ± 60 AP	1276-1321 p. 0.562318 1351-1387 p. 0.437682	Lorandi 2015
Mesopotamia Sant.	Quimili Paso	GIF 2308	670 ± 60 AP	1299-1365 p. 0.812097 1378-1394 p. 0.187903	Lorandi 2015
Mesopotamia Sant.	Quimili Paso	GIF 2310	590 ± 60 AP	1323-1348 p. 0.305897 1389-1435 p. 0.694103	Lorandi 2015
Mesopotamia Sant.	Quimili Paso	VIC 864	450 ± 70 AP	1429-1509 p. 0.695644 1552-1557 p. 0.025568 1583-1622 p. 0.278788	Lorandi 2015
Este del río Salado	El Veinte	GIF 3367	950 ± 90 AP	1044-1189 p. 0.889854 1192-1211 p. 0.110146	Lorandi 2015
Este del río Salado	El Veinte	GIF 3366	720 ± 90 AP	1273-1330 p. 0.485261 1331-1394 p. 0.514739	Lorandi 2015
Este del río Salado	El Veinte	GIF 3365	690 ± 90 AP	1286-1395 p. 1	Lorandi 2015
Este del río Salado	Oloma Bajada	GIF 2621	530 ± 90 AP	1323-1348 p. 0.136167 1389-1497 p. 0.846306 1603-1608 p. 0.017526	Lorandi 2015
Este del río Salado	Oloma Bajada	GIF 2620	460 ± 90 AP	1416-1510 p. 0.659899 1549-1561 p. 0.061826 1576-1623 p. 0.278275	Lorandi 2015
Este del río Salado	Oloma Bajada	GIF 2619	340 ± 90 AP	1462-1471 p. 0.033469 1480-1663 p. 0.966531	Lorandi 2015
Bañados de Añatuya	Mancapa	D-AMS 046519	1062 ± 23 AP	993-1007 p. 0.56801 1016-1027 p. 0.43199	Taboada y Rodríguez Curletto 2023
Bañados de Añatuya	Mancapa	LP 2759	790 ± 50 AP	1225-1291 p. 1.	Taboada 2014
Bañados de Añatuya	Mancapa	LP 2776	550 ± 60 AP	1394-1453 p. 1.	Taboada 2014
Bañados de Añatuya	Mancapa	LP 2766	310 ± 40 AP	1510-1550 p. 0.39044 1560-1578 p. 0.142303 1623-1663 p. 0.467257	Taboada 2014
Bañados de Añatuya	Sequía Vieja	AA105885	800 ± 120 AP	1159-1172 p. 0.053647 1177-1321 p. 0.781609 1352-1387 p. 0.164744	Taboada 2019
Bañados de Añatuya	Sequía Vieja	LP 2819	470 ± 50 AP	1429-1499 p. 0.924473 1601-1610 p. 0.075527	Taboada 2014
Bañados de Añatuya	Sequía Vieja	LP 2993	460 ± 50 AP	1436-1501 p. 0.852461 1598-1613 p. 0.147539	Taboada 2016

Tabla 1. Tabla con fechados radiocarbónicos disponibles para los sitios y sectores de estudio. Las dataciones han sido calibradas con el programa CALIB 8.1.0 (Hogg et al., 2020).

Table 1. Table with radiocarbon dates available for the study sites and sectors. The dating has been calibrated with CALIB 8.1.0 program (Hogg et al., 2020).

poca corriente) (Cione et al., 1979). Esto haría pensar en que el curso fluvial cercano al asentamiento no era demasiado correntoso (ofreciendo una habitación segura en torno), o que la pesca –y eventualmente también una instalación no permanente alrededor- se hacía en épocas de baja correntada.

El Veinte se compone de unos 14 montículos, dispuestos en cuatro hileras que Lorandi consideró antiguos albardones usados para evitar anegamientos (Lorandi, 2015). Dichas hileras, con pendiente hacia una zona baja, terminan en dos *represas* (o, al menos, hondonadas)⁴. En la interpretación de la autora, estas últimas no sólo habrían servido para almacenar agua, sino también para drenar el sitio (como plantearan también los Wagner (1934) para

otros sitios). La propuesta podría revertir la potencial incoherencia de necesitar *represas* para guardar agua en una época de supuestas altas precipitaciones y en un lugar con cursos de agua cercanos. Como sea, la decisión de instalarse en torno a los mencionados *bajos* se remonta indefectiblemente al momento del emplazamiento del asentamiento, durante el Cálido Medieval. Por algún motivo, la elección inicial de esta posición de la aldea fue juzgada beneficiosa, ya fuera por las posibilidades de desagüe y/o con el fin de aprovechar los *bajos* como oferta hídrica suplementaria, complementaria o preferible (por cercanía, agua dulce, recursos faunísticos, o incluso carencia estacional o eventual de agua a pesar del óptimo climático) a los cursos fluviales, (según veremos, las fuentes coloniales señalan jerarquías en las fuentes de agua preferidas por los indígenas, según tipo y época). Por su parte, las características poco definidas de los niveles

⁴ En ocasiones resulta complejo diferenciar si hay acción antrópica sobre un bajo natural.

de uso de los montículos permiten inferir que los lugares de vivienda quizás se ocupaban y reocupaban durante ciclos relativamente cortos (Taboada, 2016), tal vez en relación con la dinámica hídrica y de recursos faunísticos. Asimismo, la ausencia de huellas arquitectónicas podría indicar refugios livianos y transitorios, suficientes para un clima templado del que, sobre todo, cabía protegerse de la lluvia (Taboada, 2023). Sobre la base de diferentes tipos de evidencias y los fechados existentes⁵ (Lorandi, 2015; Taboada, 2019), podemos hipotetizar que el final de la ocupación de El Veinte pudo coincidir con los inicios de la Pequeña Edad de Hielo y un potencial desecamiento de las fuentes de agua cercanas, cuando la dinámica hidráulica planteada por Lorandi pudo dejar de funcionar forzando al traslado de la población.

Esta hipótesis de movilidad asociada a una variación hídrica se ve apuntalada con un análisis geomorfológico, distribucional y cronológico de sitios contemporáneos a El Veinte y/o al Cálido Medieval, como Quimili Paso y otros de la zona de Sunchituyo (en la mesopotamia santiagueña) y de Sayanita (al sur de los bañados de Añatuya)⁶. Se trata, en todos los casos, de sitios asociados a cauces hoy secos y sin ocupación prehispánica tardía (ni colonial), vinculable a la Pequeña Edad de Hielo⁷. De hecho, Quimili Paso se encuentra en las márgenes hoy secas del Maillin, un antiguo brazo del río Dulce (Lorandi, 2015) que cruza una zona históricamente regada y abandonada en varias ocasiones por el Dulce y el Salado (Palomeque, 1992). Ante la falta de *represas*⁸, Lorandi estimó que el cauce asociado al sitio debió estar activo durante su ocupación (también pudo rellenarse con lluvias). Al igual que El Veinte, Quimili Paso es un sitio de pocos montículos, pero distribuidos irregularmente y sin indicios de uso de albardones como base de la instalación (Lorandi, 2015). Su primera ocupación se remontaría a fines del primer milenio; diversos fechados (Lorandi, 2015), características similares a las de El Veinte en los pisos domésticos y ausencia de restos arquitectónicos podrían indicar también aquí instalaciones poco estables y reocupaciones en distintos momentos (Taboada, 2019; Taboada y Rodríguez Curletto, 2023). Además de los fechados, los restos de fauna, en gran parte asociables a un ambiente más húmedo que el actual (Lorandi, 2015), apuntan a su ocupación durante el Cálido Medieval. Los materiales arqueológicos y fechados calibrados permiten estimar que fue abandonado antes del despliegue de la

⁵ Aunque dos fechados podrían llegar al prehispánico tardío con dos sigmas, esta cronología no resulta consistente con el resto de las evidencias.

⁶ Como veremos, también las fuentes coloniales muestran cómo la deriva de los ríos conllevaba el despoblamiento.

⁷ Los poquísimos fragmentos de cerámica tardía Averías recuperados por Lorandi (2015) en Quimili Paso y su ausencia general en toda esa región de Sunchituyo (Reichlen, 1940; Taboada y Angiorama, 2021) no parecen apoyar una instalación relevante para el siglo XV como podría pensarse a partir de uno de los fechados obtenidos. Consideramos una posible perduración tardía muy reducida de la instalación en Quimili Paso, incursiones tardías temporales o eventual error en la datación.

⁸ Reichlen (1940) no puede definir si las *represas* que registra en la zona son prehispánicas o subactuales.

cerámica tardía Averías, coincidiendo quizás con los inicios de la Pequeña Edad de Hielo y de acuerdo a la apreciación de Reichlen (1940) que consideraba la desecación de la zona por cambio de cauce del río. Como desarrollaremos, las características y lugares de concentración de los grandes sitios con componentes prehispánicos tardíos e hispano-indígenas apuntalan la idea de la elección de otras áreas de instalación a partir de entonces.

Hacia 1300-1400 D.C., se producen cambios significativos en la instalación de las poblaciones de la región, con grandes asentamientos en determinadas áreas y abandono de otros sectores (como la zona de Sunchituyo y Quimili Paso) o de sitios como El Veinte (Figura 4). Al menos en dos regiones podemos constatar la concentración poblacional: al este del Salado (en el "comedio entre el Salado y el Bermejo" referido por Camaño, sobre el que se volverá) y en los bañados de Añatuya (las "ciénegas" de las crónicas coloniales; Castro Olañeta, 2013; Taboada y Farberman, 2014). En ambas zonas hubo ocupación previa, contemporánea al Cálido Medieval, constatada por fechados y evidencias consistentes con ellos (Lorandi, 2015; Taboada, 2019; Taboada y Angiorama, 2021). Mientras para la primera, donde se sitúa el Veinte (sin ocupación tardía), se apreciaron sitios enormes asociables a momentos prehispánicos tardíos y finales (Lorandi, 2015; Reichlen, 1940; Taboada, 2019; Wagner y Wagner, 1934), en la segunda se conocen sitios de larga duración, con fechados y evidencias que cubren desde inicios del primer milenio hasta la colonia (Taboada, 2014, 2016, 2019; Taboada y Farberman, 2018; Taboada y Rodríguez Curletto, 2023).

Empecemos por desmenuzar la situación de la zona al este del Salado, una planicie surcada de paleocauces y actualmente sin cursos activos. A juzgar por los planos de los Wagner (1934), datos aportados por Reichlen (1940) y Lorandi (2015) y un primer recorrido nuestro, es posible aseverar la presencia de enormes sitios (como Represas de los Indios y Llajta Mauca) compuestos de centenas de montículos (los más altos registrados en la llanura santiagueña) asociados a gran cantidad de bajos o *represas* dispuestos entre ellos. Debido a que, en su mayoría, no han vuelto a ser trabajados desde los pioneros⁹, ignoramos cuántos de estos montículos son contemporáneos entre sí. Sin embargo, la presencia de cerámica Sunchituyo y Averías en montículos diferenciados y también asociada estratigráficamente (Lorandi, 2015; Reichlen, 1940; Wagner y Wagner, 1934), sumada a tres fechados y a cronologías cruzadas en base a estilos cerámicos, habilitan estimar ocupaciones desde ca. 1300 D.C. hasta momentos prehispánicos finales o coloniales tempranos -aunque, en principio, sin evidencias de intervención hispana en la zona- (Lorandi, 2015; Taboada y Farberman, 2014). Durante este período, la instalación se mantuvo en el asentamiento, ampliándose y moviéndose dentro de él (Taboada, 2019, 2023).

⁹ Sólo el sitio Oloma Bajada fue fechado y excavado más modernamente, en los años 70 (Lorandi, 2015).

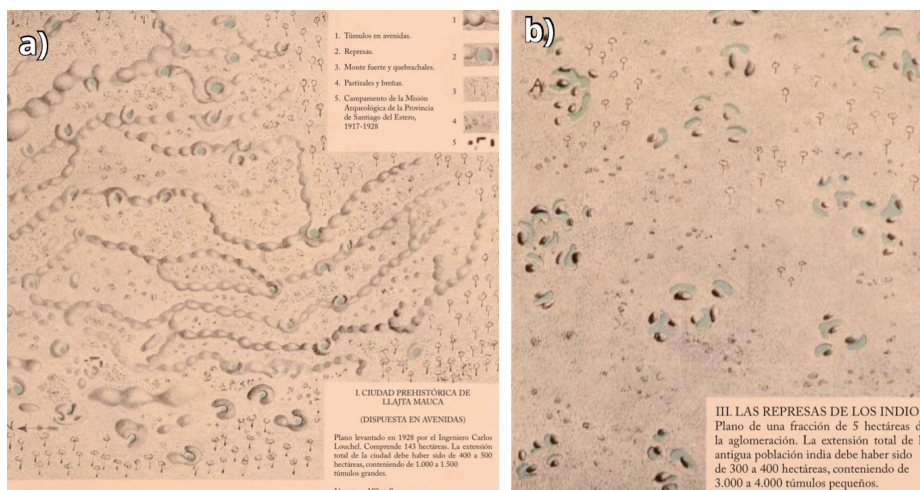


Figura 4. Planos de los sitios arqueológicos Llajta Mauca (a) y Represa de los Indios (b), con representación de montículos y bajos/represas y sus leyendas originales. Tomado de Wagner y Wagner, 1934.

Figure 4. Plans of the archaeological sites Llajta Mauca(a) and Represa de los Indios (b), with representations of mounds and lowlands/"represas" and their original legends. Taken from Wagner and Wagner, 1934.

Podemos hipotetizar que, al este del Salado y durante el Cálido Medieval, los paleocauces tenían agua, lo que explicaría la primera ocupación de los asentamientos, la formación de sus altos montículos y el gran crecimiento poblacional hacia fines del período, todavía con un clima benigno. Por su parte, la continuidad de la ocupación en tiempos de la Pequeña Edad de Hielo apunta a que la vida en la zona no sólo era posible, sino que permitió el sostenimiento de estos poblados, allí donde la supuesta aridez no fuera determinante de la habitación en dicha zona. De algún modo, el agua vital mínima necesaria se conseguía, ya fuera porque la situación hídrica no era tan crítica, o bien porque los poblados se reabastecían y almacenaban durante periodos de mayores precipitaciones (como aquellos que refiere la bibliografía paleoclimática). Aun cuando habrá que analizar específicamente las supuestas *represas* y la mecánica de captación que los Wagner (1934) y Reichlen (1940) plantearon para esos sitios, el sistema tiene lógica en la etnografía actual y sugiere una adecuada economía del agua. No cabe duda de que se trata de poblados organizados en torno a bajos. Con una población relevante y una organización sociopolítica acorde (Taboada y Farberman, 2014), los bajos naturales bien pudieron ser acomodados o ahondados para aprovechar las pocas (o no tanto) aguas pluviales. Según se observa en los planos de sitios como Llajta Mauca y Represas de los Indios (Wagner y Wagner, 1934), la distribución equilibrada de estos bajos/*represas* al interior de los poblados podría indicar no solo una estructuración en torno de ellos, sino también la posibilidad de una intervención antrópica en su configuración. Si bien las poblaciones debieron concentrarse en los lugares naturalmente más aptos, el tamaño y organización de los asentamientos muestra que contaban también con una integración sociopolítica relevante (Taboada, 2019). No sería inverosímil que tuvieran la capacidad de movilizar fuerza de trabajo para gestionar comunitariamente el encauzamiento y almacenamiento de agua e incluso compartirla, protegerla o negociarla. De hecho, estos lugares pudieron ser espacios convocantes de integración, pero también codiciados y disputados (las fuentes coloniales proveen

pistas ulteriores que recuperaremos luego).

Vayamos ahora a los bañados de Añatuya, la otra área que concentra sitios tardíos (además de pueblos de indios coloniales sobre asientos prehispánicos), cuya dinámica hídrica debió ser diferente. Dentro de la natural uniformidad topográfica de la llanura, esta zona presenta amplias áreas bajas que configuran lagunas y bañados, así como lomas o *altos* donde se encuentran los sitios arqueológicos. Aquí varios de los lugares de instalación se remontan a la época del Cálido Medieval y continúan durante momentos prehispánicos tardíos y coloniales (Lorandi, 2015; Taboada y Farberman, 2018; Taboada y Rodríguez Curletto, 2023). Es decir, durante la Pequeña Edad de Hielo la ocupación se mantuvo, creció, se estabilizó, e incluso desplegó una agricultura de maíz (Lorandi, 2015; Taboada y Rodríguez Curletto, 2023; Verner et al., 2023). Pisos bien definidos y otros rasgos arquitectónicos parecen indicar viviendas permanentes y sólidas, que pudieron ofrecer mayor protección contra el frío en comparación con las estimadas para momentos previos (Taboada, 2023). La disponibilidad y aprovechamiento de fuentes de agua puede comprobarse en la cantidad de restos de peces recuperados en contextos de dicha época en los sitios Sequía Vieja y Mancapa (Barazzutti et al., 2019). Pudo aplicarse aquí la técnica referida en las crónicas tempranas de la región, que señala la alternancia de pesca y siembra de maíz en grandes hoyas (posibles paleocauces dadas sus dimensiones) de activación temporal, mostrando una intervención del paisaje directamente vinculado a los ciclos, beneficios y amenazas hídricos¹⁰ (Lorandi, 2015). Es que, a pesar de la aridez planteada macrorregionalmente, los bañados en torno a estos sitios contenían agua. Son las ciénagas descriptas en las fuentes coloniales, que

¹⁰ "La tierra es muy llana y porque en tiempo de aguas crece el río, porque no se aneguen, tienen hecho los pueblos una hoya muy honda y grande de anchor de un gran tiro de piedra y el largo mas de treinta leguas, de manera que cuando crece el río, vacía en esta hoya y al verano sécase y entonces toman los indios de todos los pueblos mucho pescado, y en secándose siembran maíz y se hace muy alto y de mucha cosecha; de suerte que todo el largo de esta hoya es chacarra de todos los pueblos ribera del río" (Diego Fernández Pacheco [1560] 1885, RGI, T. 11 citado por Lorandi, 2015).

configuraban también una barrera defensiva en una época de avance de grupos diversos desde distintos frentes (Taboada y Farberman, 2014). Más aún, la zona fue uno de los centros de instalación de pueblos de indios coloniales tempranos, caracterizados por su gran cantidad de población (Castro Olañeta, 2013).

Es claro que la zona de los Bañados de Añatuya ofrecía una invaluable posición, ya señalada por Palomeque (1992). Quizás cooperaran sus excepcionales diferencias de relieve: aunque mínimas, la alternancia de *altos* y *bajos* definidos erige lugares ventajosos para la vida, en uno y otro extremo hídrico. En este marco, tendría sentido la afirmación de Reichlen (1940) sobre la ausencia de *represas* arqueológicas en esta área. Aunque Lorandi y Lovera (1972) señalaron que había alguna en Icaño, y nosotros hemos detectado unas pocas en otros sitios, no tenemos certezas de que tales *represas* no fueran subactuales. En cualquier caso, no presentan la densidad y patrón de los grandes sitios del este del Salado, donde varias *represas* (o *bajos*) se intercalan entre los montículos. Tal vez aquí, los bañados y las lagunas que rodeaban los *altos* donde se concentran los sitios fueran suficientes, junto al río Salado y sus paleocauces, para posibilitar la vida durante la Pequeña Edad de Hielo. No sólo eso: esta posición parece haber sido aprovechada políticamente. Objetos metálicos andinos, superabundancia de torteros, referencias a juntas y rebeliones indígena, e instalación de pueblos de indios coloniales sirvieron para analizar en otras ocasiones cómo esta región pudo constituir un territorio estratégico y nodo de interacción que actuara en negociaciones con incas, chaqueños y españoles (Angiorama y Taboada, 2008; Taboada y Farberman, 2014; Taboada, 2014). En tiempos de crisis políticas e hídricas, tal crecimiento poblacional y protagonismo político solo pudo ser sostenido mediante un sistema socio-económico adecuado y suficiente acceso al agua y recursos.

Conseguir agua en las inmediaciones del Salado (y más allá). La interpretación de un corpus documental colonial

También las fuentes escritas de distintas épocas al problema de la escasez y al exceso de agua, así como a la movilidad generada por ambos fenómenos¹¹. Dicha relación, se volvería sin dudas más compleja cuando, desde fines del siglo XVII, el río Salado deviniera en una candente frontera con los guaycurúes (Farberman y Ratto, 2014).

He aquí un ejemplo de 1703, coyuntura en la que el Salado desvió su curso dejando estériles amplios territorios interiores. Para entonces, los grupos lule, empujados por los guaycurúes hacia la periferia del Chaco, perdieron su

¹¹ Las mismas ordenanzas de Francisco de Alfaro (1611-12) prevenían eventuales traslados de las reducciones indígenas toda vez que "el río no pudiere bañar las dhas tierras" (Archivo General de la Nación, Sala IX, 23-9-6).

sustento y solicitaron ayuda a las autoridades coloniales. Un plan reduccional, minuciosamente detallado en las *Actas capitulares* y en un informe del gobernador del Tucumán Gaspar de Barahona, preveía fijar a estos grupos pedestres en el borde del Salado, de modo de amortiguar los letales ataques de mocovíes y abipones. Barahona planteó la situación en términos dramáticos: las tierras abandonadas por el río estaban expuestas a la despoblación, estancieros y campesinos, imposibilitados de mantener su ganado cavando pozos, se retiraban hacia el Dulce dejando desguarnecida la frontera (Barahona, 1925). En consecuencia, el gobernador aconsejó reducir a los indígenas y emprender obras de canalización, pero el primer proyecto quedó en la nada (Barahona, 1925).

Interesa recuperar una vez más la vasta movilización generada por los ciclos climáticos. Desde los estancieros hasta los "indios cristianos" -que tuvieron que retirarse, desamparando una de las zonas más ricas y pobladas de la jurisdicción-, desde los lule sin convertir -que esperaron en vano los auxilios al oriente del río- hasta los peones destinados a la cava del cauce, todos tuvieron que desplazarse en busca de agua.

Así pues, los desafíos climáticos unificaban las vicisitudes de los pobladores a ambas orillas del río y más allá. Porque, en efecto, al oriente del Salado se abría el vasto territorio chaqueño, donde las políticas reduccionales se desplegaron efectivamente a partir de 1730 -y con mayor énfasis a mediados del siglo- para sumarse a las tradicionales entradas ofensivas (Lucaioli, 2011; Farberman y Ratto, 2014; Vitar, 1997). Una rápida ojeada a la cartografía jesuítica (por ejemplo, figura 5) muestra que, al igual que la mayoría de los sitios arqueológicos, las reducciones chaqueñas se hallaban a orillas de los ríos, o en sus cercanías, en sitios consensuados entre indígenas y misioneros¹². Un ejemplo lo proporciona la reducción vilela de Petacas (hoy San José de Boquerón, Santiago del Estero) que, según relata Bernardo de Castro, había sido erigida sobre

"(...) una loma alta de tierra, sobre el mismo río (Salado), en un campo grande coronado de una cinta de arboleda alta, que encontrándose una y otra extremidad por el río, forma una virtuosa media luna. Corre el río por una caja profunda y por ambas riberas tiene grandes lagunas que, encadenadas unas con otras por casi cien leguas, le sirven de muro. Así las lagunas como el río en tiempo de aguas, que son por espacio de casi cinco meses, es tanta el agua que traen, que derramándose por una y otra banda fertilizan los campos y bosques por muchas leguas, de suerte que en el rigor del invierno, se muestran sus campos risueños prados y así sirven de pingües

¹² Por cierto, estos pueblos no alcanzaron una gran estabilidad: como ha sostenido Carina Lucaioli (2011), los indígenas los incorporaron a su logística, alternando su poblamiento y abandono.

dehesas para los ganados. Abunda el río y sus lagunas de variedad de peces y muchas especies de pájaros". (Castro en Maeder et al., 2016: 209-210, *italicas nuestras*).

Nótese, en primer lugar, la semejanza con el patrón arqueológico ya reseñado para la llanura santiagueña: zonas altas cercanas al río, aventajadas por la presencia de lagunas que se reactivaban estacionalmente, ofreciendo una amplia oferta faunística. Bañados y monte espeso, obstáculos a menudo insalvables para los españoles, protegían eficazmente a los indígenas de cualquier incursión enemiga, mientras que la amplitud de los territorios de caza y recolección eran para los jesuitas la apoyatura inicial desde la cual transitar hacia la agricultura. Por otra parte, las buenas pasturas habilitaban la cría de ganado, condición necesaria, aunque no suficiente, para la continuidad de la misión.

Muy distinta, en cambio, era la situación en el corazón del Chaco, alejado de los grandes cauces fluviales. Allí se extendían "grandes espacios de algunas jornadas de camino, donde no se halla una gota de agua perene, sino solo la que de las lluvias se recoge en *pozos* hechos a mano y aun esta suele secarse en el invierno" (Camaño [sf], 1931: 312). Sin embargo, esta *geografía de los pozos* pudo alojar, como se verá, a una población significativa y relativamente estable¹³.

En la introducción, se describieron las *represas* actuales (y los pozos que, a su vez, se hacen dentro de ellas cuando se secan), que bien podrían ser análogas a estos "pozos hechos a mano" o depósitos de agua pluvial, cavados para mejorar su eficacia. Cabe agregar que, mientras algunos de ellos son identificados como una suerte de *postas a cielo abierto*, otros eran lugar de residencia permanente o semipermanente. Como fuera, el agua de estos depósitos es descrita como menos apetecible que la de los ríos y, a menudo, como recurso de emergencia¹⁴. Un ejemplo elocuente nos llega a través de la pluma de Martín Dobrizhoffer. Situado en el límite entre las jurisdicciones de Santa Fe, el Pozo Redondo era un oasis para el viajero de las travesías:

"Durante las prolongadas sequías, no encontrarás en el dilatadísimo campo ni una gotita de agua, ni una partícula de leña (...). El Pozo Redondo y su selva adyacente te proveerán de ambas cosas;

¹³ Se trata de un interesante paralelismo con las travesías del centro oeste argentino, también caracterizadas por su extrema aridez. En esta región -que incluía a Los Llanos riojanos, uno de los centros ganaderos más importantes del siglo XIX- los pobladores desafiaron desde muy temprano las limitaciones hídricas. Investigaciones recientes (Heider et al., 2019) muestran a estos sistemas de dunas como *ecorefugios*. Las aguas pluviales eran allí preservadas a escasa profundidad gracias a eficientes estrategias de siembra y cosecha de agua.

¹⁴ Según Paucke, "El indio no repara en el agua turbia y barrosa con tal de que no sea demasiado salada (...). Siempre tratan de estar cerca de un río para que no les falte el agua para preparar sus bebidas" (Paucke, 2015: 307).

por eso, los que pasan por allí lo eligen para merendar o pernoctar. Para quienes recorren aquella // inmensa planicie, nada más deseado que el agua salvadora que aplaque su sed; pero nada tampoco más temible, porque no pueden acercarse allí sin peligro de muerte, ya que en ese sitio los mocovíes y los abipones suelen acecharlos, porque lo saben frecuentado por los transeúntes españoles" (Dobrizhoffer, 1969: 87-88).

De la cita interesa el sentido de lugar de reunión, aunque no sólo los españoles fueran víctimas de las redadas indígenas. En un contexto de penuria hídrica, los pozos debieron estar sometidos a disputa interétnica aunque, como se verá más adelante, también pudieran funcionar como recurso compartido entre diferentes naciones. En todo caso, ni Dobrizhoffer ni Paucke -otro cronista que describió el mismo sitio- le asignaron un *dueño* al Pozo Redondo. Por el contrario, otros reservorios de agua sí los tenían y su control bien pudo configurar la relación de fuerzas entre los grupos de la región.

El relato etnográfico de Joaquín Camaño, el célebre cartógrafo jesuita, arroja algunas pistas en este sentido (Furlong, 1931; Maeder et al., 2016: 379-388 y 391-404). Camaño asoció los diversos grupos y parcialidades con espacios geográficos cambiantes según los avatares de las guerras interétnicas y los avances del proceso reduccional¹⁵. De manera esquemática, y recuperando sus estimaciones demográficas, los grupos más numerosos del Chaco austral eran los mataguayos (12 a 14.000 almas) y los tobas (20 a 30.000 almas), "ruines y traicioneros" los primeros; "guerreros y crueles" los segundos. Ambos habitaban a la vera de los ríos Bermejo y del Pilcomayo, aunque algunas parcialidades de mataguayos se hubieran *refugiado* de sus enemigos tobas y mocovíes en "pozos de agua llovediza". Las restantes naciones -que, por su localización, son las que más interesan a este artículo- eran mucho más pequeñas. Para Camaño, abipones y mocovíes -a los que localiza prioritariamente en las riberas del Bermejo- reunían entre 2.000 y 3.000 almas cada una, mientras que lules y vilelas -destacados habitantes de los pozos- sumaban entre 1.600 y 1.300 efectivos¹⁶. No se trataba de una distinción menor: al igual que los tobas, mocovíes y abipones eran "inclinados a la guerra",

¹⁵ Seguimos dos textos publicados de Camaño similares pero no idénticos. "Naciones del Gran Chaco" (en Maeder et al., 2016: 379-388) y "Noticia del Gran Chaco", incluida como anexo en el texto citado (391-404). No es claro el año de producción de este trabajo.

¹⁶ Dice también Camaño que una parcialidad mocoví habitaba en el pozo Apequet y que parte de los abipones circulaba por los "bosques de Santiago". Por otra parte, aunque no figuren en su mapa, el jesuita menciona por su nombre a los pozos que habitaban las diferentes parcialidades antes de ser reducidas. Socoli (o Macoli) era el lugar de los omoampas, Amovat el de los isistines y lules, Ayelem, Aquelet y Enalque cobijaban a los vilelas y en los pozos de Vicsococto, Toleche, Amovat, Toumul y Ayemel coexistían lules, isistineses y toquistineses (Camaño en Maeder et al., 2016: 380-382). Lamentablemente, estos topónimos son imposibles de localizar en la cartografía histórica y menos en la actual.

mientras que los vilela, “gente humilde, sencilla más pacífica que lo común de las otras naciones”, compartían con los lules su cualidad “dócil y pacífica” (Camaño en Maeder et al., 2016: 399). Así pues, desplazados por los indios “de a caballo” y huyendo de los españoles y de sus opresivas encomiendas, estos grupos pedestres habían quedado confinados a la inseguridad de los pozos de tierra adentro.

Es posible, a partir del examen de otras fuentes, imprimirle movimiento a esta nebulosa imagen. En adelante, se utilizará un corpus jesuítico menos conocido, atribuido a Pedro Juan de Andreu, quien protagonizara dos expediciones reduccionales al territorio de los omoampas (parcialidad vilela)¹⁷. En la primera, de 1739, Andreu se acompañó de Joaquín de Yegros “antiguo misionero de los lules”; en la segunda, hacia 1744, lo hizo junto al padre Juan de Arizaga. Quizás existieran otras entradas en el interin, pero hasta ahora desconocemos sus fechas y si dejaron alguna crónica.

Se disponen dos versiones muy similares del primer viaje (Maeder et al., 2016; Salinas y Folkenand, 2018), cuyos datos se irán complementando. Según parece, los contactos con los omoampas habían sido promovidos por meleros que trataban con ellos y que, a fines de 1738, los convencieron de solicitar reducción. Fue así que Yegros y Andreu partieron de Matará, pueblo de indios del Salado, el 31 de enero, junto a un grupo de peones y munidos de cincuenta caballos. Llegados al pozo de Guayacán, a seis días de camino, los misioneros hallaron una ranchería ocupada por diez familias de yoconoampas (otra parcialidad vilela), junto a su cacique (“comerciante de cera” según Andreu). Allí se detuvieron sólo dos días, pues “no había más agua que una lagunita en la que se lavaban muchachos y muchachas y se descargaban las bestias que entraban a beber” (Maeder et al., 2016: 135) y siguieron hasta el pozo de Socoli (también llamado Macoli), a 17 leguas. Según se les había informado, en sus cercanías encontrarían a varias familias omoampas “desparramadas alrededor de distintos pozos”, probablemente más pequeños que Socoli, referencia fundamental en estos relatos y en la etnografía de Camaño que, como mencionamos, identifica allí el “lugar” de los omoampas (Figura 5)¹⁸. Además de la reiterada negativa a abandonar

ese sitio para reducirse, Socoli es sindicado como un paraje al que solían “concurrir parcialidades de infieles, cuando en sus pozos no se encuentra agua” (Salinas y Folkenand, 2018: 661).

En efecto, los misioneros hallaron en Socoli “un ramplón de buena agua”, pero ningún omoampa los esperaba ya (Maeder et al. 2016: 135)¹⁹. La “fuente del manantial” se hallaba “completamente cercada” (Salinas y Folkenand 2018: 661) y fue necesario relevar otros pozos que, por fortuna, los relatos registran, aunque las versiones difieran un tanto²⁰. Mientras una de ellas redirige a los sacerdotes hacia Yacupo - donde casi no quedaba agua- y Chachaclae (Salinas y Folkenand, 2018: 661-662), la otra nos conduce sin escalas al pozo de Inisac (Maeder et al., 2016: 136-137). Los dos relatos, no obstante, convergen en identificar al informante en un indio matará -expulsado por los omoampas de uno de los pozos por *entrar a caballo* cuando faltaba el agua- y en mostrar a la comitiva desprendiéndose de cargas y cabalgaduras en Socoli. A este punto, la expedición ya se había alejado 70 leguas de Matará, el pueblo más cercano.

El esperado encuentro con los omoampas se produjo en el pozo de Inisac. Allí, el cacique Yanasacpa depuso inmediatamente sus armas, se entrevistó con Andreu y participó con su gente de la misa dominical. También confirmó su voluntad de reducirse, siempre y cuando fuera en sus propias tierras²¹. Por otra parte, Yanasacpa accedió a acompañar a Andreu a buscar a un grupo de lules apóstatas fugados de la reducción de Miraflores y refugiados en un pozo cercano. Esta vez no hubo suerte: los lules estaban borrachos y ahora el tiempo apremiaba. Aunque fuera verano, incluso la reducida comitiva se hallaba “en peligro de perecer, si entretanto no lloviera” (Salinas y Folkenand, 2018: 663). Y no llovió... Según relata el misionero, el 8 de febrero hasta el agua para los caballos se había terminado y agradeció beber un líquido barroso “mezclado con la orina de los animales”. El último punto del itinerario fue el estratégico pozo de Socoli, donde los sacerdotes encontraron sus cargas intactas,

especular con que la anotación de Camaño remitiera efectivamente al pozo de Socoli, hábitat de la parcialidad vilela en cuestión.

¹⁹ En el centro oeste argentino, el término “ramplón” designa un espacio sin vegetación, de suelo arcilloso o limoso capaz de contener agua durante algunos días para consumo del ganado. Es un sentido similar al que aquí se expresa. Agradecemos al evaluador anónimo por esta referencia.

²⁰ Hoy en día, *represas* y pozos son cercados como parte del manejo del ganado, para atraerlo o impedir que beban el agua (Alfredo Bustamante, comunicación personal).

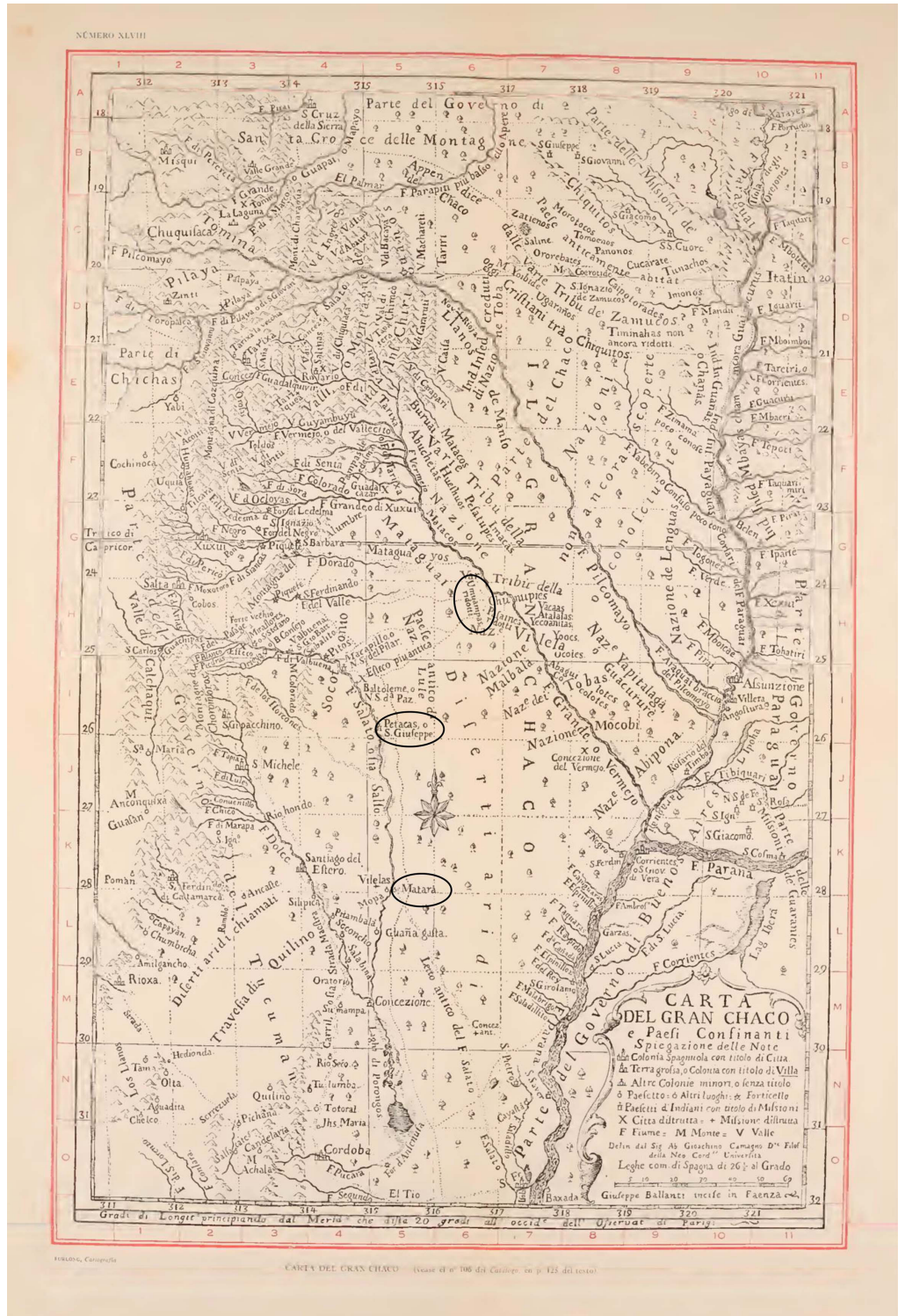
²¹ Ya se dijo que recién en 1763 se erigió Nuestra Señora del Buen Consejo, reducción omoampa. Sin embargo, quizás Andreu pudo participar de un intento frustrado por fundar en Socoli, el sitio elegido por los indígenas. En efecto, en 1740, se les ordenaba a Andreu y Yegros cavar el “pozo manantial de Socoli” y sembrar allí. Los sacerdotes llegaron al pozo a mediados de marzo, demasiado tarde y, aunque los omoampas aceptaron ser reducidos en otra parte, la decisión no duraría: ataques tobas contra los omoampas y la obstinación de las “mujeres viejas” para “quedarse en su país nativo” aplazaron el proyecto (Lucaoli y Sosnowski, 2018: 11). Una interpretación reciente sobre las “viejas” y sus resistencias a la misión en Vitar, 2022.

¹⁷ Se trata de dos cartas anuas (Lucaoli y Sosnowski, 2018; Salinas y Folkenand, 2017) y de un conjunto de apuntes para una historia del Chaco (Maeder et al., 2016). Aunque el último documento es anónimo, la parte que nos interesa recupera textualmente a Andreu. Los tres documentos se acompañan de estudios críticos y aportan datos biográficos del autor. Un interesante análisis de las cartas anuas de Andreu en Huespe, 2021.

¹⁸ Todavía nos encontramos muy lejos de poder mapear el recorrido de Andreu. Calculando una marcha de 5 leguas diarias (con una legua equivalente a 5 km y un recorrido diario de 30), estimamos que Guayacán se encontraba a unos 180 km al este de Matará y que Socoli distaba unos 85 km de aquel pozo. Aunque Camaño no localiza estos pozos en su mapa, anota, no muy lejos del río Bermejo, a los “omoampa ridotti”. Como sabemos que la reducción de los omoampas -Nuestra Señora del Buen Consejo, de 1763- se hallaba muy distante, sobre el río Salado y no lejos de Miraflores, es posible

Figura 5. Mapa del Gran Chaco (Furlong, 1936). Resaltados nuestros con círculos en Petacas, Matará y "Umoampas ridotti". El pozo de Socoli podría estar ubicado donde dice 'Umoampas ridotti'".

Figure 5. Map of the Gran Chaco (Furlong, 1936). Highlighted in circles in Petacas, Matará and "Umoampas ridotti". The Socoli well could be located where it says 'Umoampas ridotti'".



renovando su confianza en los omoampas. A pesar de sus padecimientos, Andreu juzgaba positivo el balance de esta expedición estival que, aunque no había "dado almas", sí les había brindado "experiencia y conocimiento de los lugares" y "grandes deseos de repetir las entradas" (Maeder et al., 2016: 137).

Ya no las harían, sin embargo, desde Matará, sino "en derechera por el Tucumán" siguiendo un *modus operandi* y un itinerario ya definido hacia 1740 (por difícil que nos

resulte, de momento, trasladarlo a un mapa). Según Andreu

"iba el misionero con las cargas y cabalgaduras que podía, a la Puerta, que es el paso del río Salado al oriente de la ciudad de Tucumán. De allí, se había de entrar a los omoampas pasando a la otra banda, se caminaba río abajo hacia el sur, 12 leguas que hay hasta la Petaca, y desde allí se dejaba el río y se apuntaba al oriente, por

haberse sin agua cosa de 20 leguas *hasta Macoli o Socoli, donde solía haberla y era el país propio de los omoampas, pero lo más del tiempo vivían en otros pozos, que así llaman a las lagunitas de agua llovediza* que tenía en diez o 12 leguas de distancia alrededor de Socoli. En despachando a los omoampas, o se volvía a la Puerta y desde allí se entraba a las tierras de los lules o isistines, (o) en derechura desde Macoli, se enderezaba al norte y se buscaban las mismas rancherías, según sabían los lules prácticos de aquel terreno. En topando algún indio, este daba razón a donde estaba el gentío. *Se hacía el real en algún pozo cercano*, se esparcía la voz que había llegado el padre y luego llovía gente de todas partes y hacía su asiento junto al real (Maeder et al., 2016: 141-42; *italica nuestra*).

La cita advierte, una vez más, sobre el valor estratégico de los pozos -también para los misioneros-, que venían a agregarse a otras locaciones fundamentales como La Puerta y las reducciones ya existentes (como Petacas). También interesa el señalamiento del territorio omoampa con un pozo central -Socoli- rodeado de otros más pequeños, salpicados en un radio amplio (10 a 12 leguas, más de 50 km), donde las familias de aquella parcialidad "vivían lo más del tiempo", una organización que intuíamos ya en los relatos anteriores. ¿Era Socoli un recurso compartido -por encontrarse allí agua permanente- mientras los restantes resultaban de disfrute exclusivo de un número restringido de familias? Bien podría ser: de hecho, es un patrón de uso del agua todavía vigente en zonas áridas. En todo caso, se sabe que los *prácticos* conocían bien estos sitios.

No hay -de momento- rastros documentales de otras entradas entre 1739 y 1744, aunque Andreu, en una digresión del texto que se comentará en breve, menciona una serie de penurias y dilaciones que afectaron el proyecto reduccional. En adelante, se seguirá a los misioneros en una nueva expedición a los omoampas que, por iniciarse demasiado tarde -en el mes de mayo- casi les costó la vida. Andreu y Arizaga partieron de La Puerta con una comitiva de 40 personas -30 de los cuales indios flecheros-, munidos de cargas y reses. Enviaron a unos exploradores a contactar con los omoampas, que se comprometieron a avisar a través de señales de humo si había agua en Socoli para convenir allí una reunión. Aunque no existió tal aviso, los sacerdotes se internaron igualmente hasta el pozo: el primero se quedó con los omoampas -con los que no logró acordar nada-, mientras que el segundo partió hacia los isistines. Previsiblemente, su viaje invernal fue un calvario: "los campos sin pastos, los pozos sin agua, la nación muy dividida, por lo que solo pudo ver este misionero dos parcialidades de ella y de ahí entresacó veinte almas" (Lucaioli y Sosnowski, 2018: 18). De vuelta al Tucumán, el misionero había perdido "casi toda la cavallada, y lo más de la gente llegó a pie".

Esta información sugiere algunas hipótesis. En principio, como postulara Beatriz Vitar (1997), puede observarse cómo vilelas, lules y otros grupos pedestres habían sido desplazados por guaycurúes y españoles de los territorios que ocupaban. Es posible agregar que la zona donde los jesuitas -y los cabildos- iban a buscar a estos grupos *amortiguadores* pertenecía la *geografía de los pozos*, apuntada por Camaño en su etnografía y descrita en sus misivas por Andreu²². En segundo lugar, aún en Socoli el agua distaba de ser un recurso permanente durante este pulso extremadamente árido. Seguramente, la permanencia del agua señalaba jerarquías entre pozos que, a su vez, habilitaban concentraciones demográficas de diversa envergadura (de hecho, Andreu encuentra muy divididos a los isistines en su entrada invernal, quizás por la escasa disponibilidad del recurso). En tercer lugar, aunque había pozos con *dueño* (asociados a determinados colectivos étnicos, como Socoli a los omoampas), los más permanentes podían compartirse en tiempos de stress hídrico. En cuarto lugar, el corpus analizado permite entrever un circuito de movilidad entre pozos: los inasibles omoampas circulaban en un mapa que unía puntos estratégicos que no eran sino fuentes de agua. A partir de su experiencia, de la información sobre el caudal de cada pozo, de las mejoras introducidas a partir del cavado, los habitantes del Chaco dominaban su geografía.

Por supuesto que los pozos no sólo eran frecuentados por indígenas soberanos. Una variopinta humanidad confluía en ellos: mieleros, comerciantes, "indios cristianos", peones conchabados que se internaban para recolectar miel y cera. Pero no era lo mismo transitar que establecerse (mientras hubiera agua), tal como lo hacían los lules, vilelas o chunupies.

Conclusiones

El foco puesto en el agua como recurso crítico y de diferente disponibilidad en la región de estudio permitió visibilizar la relevancia en la configuración de los modos de vida locales en distintas épocas y situaciones. Entendemos que la lectura de evidencias arqueológicas y de documentación colonial ha servido, en presencia de concordancias relevantes, para potenciar las preguntas e hipótesis surgidas de una y otra. Estas incluyen la vinculación estrecha con las situaciones ambientales y socioculturales, la posibilidad de la gestión antrópica del agua (incluidos reservorios como pozos y *represas*), la eficiencia de circuitos de movilidad, la conformación de espacios de concentración demográfica, y de asociaciones, negociaciones y disputas inter e intraétnicas.

²² Un punto que no llegamos a tratar en este artículo (y debemos investigar en adelante) es el de la relación entre los pozos y las sendas indígenas, como la senda macomita, que atravesaba el "commedio" árido entre el Salado y el Bermejo, al norte del territorio objeto de este artículo. Agradecemos a Carina Lucaioli, quien se encuentra estudiando la entrada de Arias Rengel de 1759, por sugerirnos estas preguntas y, generosamente, compartir sus fuentes con nosotras.

Además de las hipótesis, interpretaciones y conclusiones específicas que desarrollamos en los acápite dedicados a arqueología e historia, la exploración interdisciplinaria ha permitido comprender mejor la cuestión crucial del manejo del agua, en especial hacia el período prehispánico final y la colonia.

Las investigaciones arqueológicas en los bañados de Añatuya mostraron sólidos poblados prehispánicos tardíos asociados a esteros y lagunas, que pudieron consolidarse y organizarse gracias quizás a sus capacidades políticas para gestionar y defender colectivamente sus recursos en un área propicia geoambientalmente. No es casual que el pueblo de indios de Lasco, allí situado, fuera uno de los más importantes en la colonia temprana (Taboada y Farberman, 2018). Viceversa, la arqueología al este del Salado (una zona que fue quedando vacía de ríos por deriva hacia el SO), con sus sitios asociados a bajos o *represas*, útiles para captar agua en tiempos de mayor aridez, se articula notoriamente con la información jesuítica sobre la "geografía de los pozos", esos reservorios disputados y compartidos por las móviles sociedades indígenas que recorrían aquel territorio en el siglo XVIII en simultaneidad con la emergencia del máximo pulso árido. Según lo que expusimos, no resultaría inverosímil que las discutidas *represas* arqueológicas del este del Salado pudieran corresponderse con los "pozos" cavados en bajos para juntar agua de lluvia, descriptos por las fuentes coloniales en esa misma región. Y al decir correspondencia, pensamos no solo en una sinonimia conceptual, sino también en la posibilidad de que algunos de estos pozos fueran específicamente los bajos o *represas* gestados en tiempos prehispánicos que, como valiosos oasis, se conocían, aprovechaban, mantenían y negociaban entre quienes habitaban y circulaban por esta geografía, ya en tiempos coloniales. De hecho, las investigaciones arqueológicas en la provincia de Chaco, por donde continua nuestro recorrido durante el siglo XVIII, dan cuenta de sitios que se conforman en torno a hondonadas que pudieron servir como *represas* semejantes a las de la llanura santiagueña (Salceda et al., 2008). También para el norte de Santa Fe se han planteado similares estrategias de movilidad y aprovechamiento del agua asociadas a los cambios ambientales para momentos prehispánicos y coloniales (Ceruti, 2006). Los relatos tobas actuales del Chaco (Martínez et al., 2014) identifican en dicho territorio los mismos modos de usar e intervenir el ambiente a los analizados para la llanura santiagueña.

Quedan pendientes numerosas preguntas y análisis específicos que continúen algunas de las hipótesis aquí planteadas, para comprobar o afinar las propuestas sobre el manejo del agua. Entre estas cuestiones pendientes asoma la de evaluar la posibilidad de intervenciones antrópicas en términos de "siembra y cosecha de agua", el sinnúmero de topónimos actuales y coloniales que hacen referencias a los pozos distribuidos en el territorio de estudio y la asociación de los pozos a las sendas indígenas,

como la macomita. También nos preguntamos por las especificidades locales que pudieron darse en relación al paleoambiente en el área de estudio. Esperamos que este trabajo dispare los abordajes más específicos para estas y otras varias cuestiones que pretendimos visibilizar y problematizar.

Buenos Aires-San Miguel de Tucumán,
8 de junio de 2023

Agradecimientos

Agradecemos a Beatriz Vitar, Carina Lucaioli y Carlos Ceruti por los textos e información brindados. A Ernesto Rodríguez Lascano por sus invalorable conversaciones sobre hidrogeología. A Alfredo Bustamante y las familias Silva y Villalba por su disposición para atender nuestras consultas sobre el manejo actual del agua en Santiago del Estero. A los evaluadores anónimos por las sugerencias que ayudaron a mejorar el texto. A CONICET y ANPCyT por el financiamiento de la investigación.

Bibliografía

- Abalos, J. W. (1975). *Shalacos*. Editorial Losada.
- AGN (Archivo General de la Nación) (1606). *Ordenanzas de Alfarero*. IX-23-9-6.
- Angiorama, C., y Taboada, C. (2008). Metales andinos en la llanura santiagueña (Argentina). *Revista Andina*, 47, 117-150. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7275570>
- Barahona, G. de, (1925). Trabajo de encauzamiento del río Salado por haber cambiado su curso. Medidas para el sostenimiento de los indios reducidos dictadas por el gobernador del Tucumán don Gaspar de Barahona. 1703. *Revista del Archivo de Santiago del Estero*, IV, 16-21.
- Barazzutti, M., Savino, S., Leon, C., Nasif, N. y Taboada, C. (2019). Primeras aproximaciones al análisis faunístico del sitio Mancapa: Montículos 1 y 2 (río Salado medio, Santiago del Estero, Argentina). *Libro de resúmenes de las XIV Jornadas Internas de Comunicaciones en Investigación, Docencia y Extensión*. Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán. <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/199337>
- Bonomo, M., Di Prado, V., Silva, C., Scabuzzo, C., Ramos van Raap, M., Castiñeira, C., Colobig, M., y Politis, G. (2019). Las poblaciones indígenas prehispánicas del río Paraná Inferior y Medio. *Revista del Museo de La Plata* 4(2), 585-620.

<https://doi.org/10.24215/25456377e089>

- Camaño, J. (1931). Etnografía rioplatense y chaqueña. *Revista de la Sociedad de Amigos de la Arqueología*, V, 310-343. https://www.bfa.fcnym.unlp.edu.ar/catalogo/doc_num.php?explnum_id=3189
- Castro Olañeta, I. (2013). "Donde estan situados los mas yndios de la jurisdiccion desta ciudad". Un acercamiento etnohistórico a las encomiendas y pueblos de indios del Río Salado. Santiago del Estero entre fines del siglo XVI y principios del siglo XVII. *Surandino Monográfico*, 3, 1-23. <http://revistascientificas.filo.uba.ar/index.php/surandino/article/view/477>
- Ceruti, C. (2006). Movimientos poblacionales en el Chaco santafesino. Una visión desde la Arqueología. *Folia Histórica del Nordeste*, 16, 21-38. <https://repositorio.unne.edu.ar/handle/123456789/48059>
- Cioccale, M. A. (1999). Climatic fluctuations in the Central Region of Argentina in the last 1000 years. *Quaternary International*, 62(1), 35-47. [https://doi.org/10.1016/S1040-6182\(99\)00021-X](https://doi.org/10.1016/S1040-6182(99)00021-X)
- Cione, A., Lorandi, A. M. y E. Tonni. (1979). Patrón de subsistencia y adaptación ecológica en la aldea prehispánica "El Veinte", Santiago del Estero". *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, 13, 103-116. <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/25217>
- De Feo, C., Calandra, H. A., Santini, M., Aguirre, B., Lamenza, G., Lanciotti, M., Del Papa, L. y Porterie, A. (2003). Localización espacial y caracterización cultural de sitios arqueológicos del Gran Chaco Meridional. CD del XXII Encuentro de Geohistoria Regional, pp. 263-294.
- Del Papa, L. (2012). *Una aproximación al estudio de los sistemas de subsistencia a través del análisis arqueofaunístico en un sector de la cuenca del río Dulce y cercanías a la sierra de Guasayán*. [Tesis Doctoral, Universidad Nacional de La Plata]. <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/24533>
- Dobrizhoffer, M. (1967, 68 y 69). *Historia de los abipones*. Facultad de Humanidades, Universidad Nacional del Nordeste.
- Farberman, J. y Ratto, S. (2014). Actores, políticas e instituciones en dos espacios fronterizos chaqueños: la frontera santiagueña y el litoral rioplatense entre 1630-1800. *Prohistoria*, 22, 3-31. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5843080>
- Frenguelli, J. (1940). El ambiente geográfico. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, 2, 13-33. <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/25506>
- Fresco, A. (2003). Manejo del agua en el antiguo Ecuador. *Revista española de antropología americana*, 1, 245-257. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=755288>
- Furlong, G. (1931). Introducción. En Camaño y Bazán. Etnografía Rioplatense y Chaqueña. *Revista de la Sociedad Amigos de la Arqueología*, V, 308-343
- Furlong, G. (1936). *Cartografía Jesuítica del Río de la Plata*, Vol. II. Peuser.
- Gianotti, C. y Suárez, X. (2011). Earthen mounds formation in the uruguayan lowlands: microporphological analyse at the Pago Lindo Archaeological complex. *Journal of Archaeological Science*, 40(2), 1093-1107 <https://www.sciencedirect.com/science/article/abs/pii/S0305440312004578>
- Giménez, A. M., y Moglia, J. (2003). Árboles del Chaco Argentino: guía para el reconocimiento dendrológico. Universidad Nacional de Santiago del Estero. <https://fcf.unse.edu.ar/index.php/portfolio/arboles-del-chaco-argentino/>
- Gramajo, Amalia (1978). *Evolución cultural en el territorio santiagueño a través de la arqueología*. Serie Monográfica 5.
- Heider, G. (2023). La cosecha de agua en la pampa occidental de Argentina durante los siglos XVIII y XIX. Una vía para repensar el registro arqueológico prehispánico. *Chungará*, 55(1), 193-208. <https://dx.doi.org/10.4067/s0717-73562022005001903>
- Herrera, R., Prieto, M. y Rojas, F. (2011). Lluvias, sequías e inundaciones en el Chaco semiárido argentino entre 1580 y 1900. *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Santa Fe*, 65, 173-200.
- Hogg, A., Heaton, T., Hua, Q., Palmer, J., Turney, C., Southon, J., . . . Wacker, L. (2020). SHCal20

- Southern Hemisphere Calibration, 0–55,000 Years cal BP. *Radiocarbon*, 62(4), 759-778. doi:10.1017/RDC.2020.59
- Huespe, I. (2021). *Estrategias de interacción en un espacio de frontera: los lules del Chaco occidental a principios del siglo XVIII*. [Tesis de licenciatura, Universidad de Buenos Aires].
- Iriondo, M. (2006) Cambios ambientales en el Chaco argentino y boliviano en los últimos miles de años. *Folia Histórica del Nordeste*, 16, 39-49. <https://revistas.unne.edu.ar/index.php/fhn/article/view/3421/3071>
- Lamenza, G. N., Calandra, H. A., y Salceda, S. A. (2019). Arqueología de los ríos Pilcomayo, Bermejo y Paraguay. *Revista del Museo de la Plata*, 4(2), 481-510. <https://doi.org/10.24215/25456377e086>
- Lorandi, A. M. y Lovera, D. M. (1972). Economía y patrón de asentamiento en la provincia de Santiago del Estero. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, 6, 173-191. <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/25406>
- Lorandi, A.M. (2015). *Tukuma-Tukuymanta. Los pueblos del búho. Santiago del Estero antes de la Conquista*. Santiago del Estero: Subsecretaría de Cultura de Santiago del Estero.
- Lucaioli, C. (2011). *Abipones en la frontera del Chaco. Una etnografía histórica sobre el siglo XVIII*. Sociedad Argentina de Antropología.
- Lucaioli, C. y Sosnowski, D. (2018). Lules, isistines y omoampas en el relato histórico de un misionero jesuita en las fronteras del Chaco. *Corpus. Archivos virtuales de la alteridad americana*, VIII(2), 1-22. <http://journals.openedition.org/corpusarchivos/2457>
- Maeder, E., Salinas, M., Folkenand, J., y Braunstein, J. (Eds). (2016). Entre los jesuitas del Gran Chaco. *Compilación de Joaquín Camaño S. J. y otras fuentes documentales del S. XVIII*. Academia Nacional de Ciencias.
- Martínez, G., Beccaglia, A., y Llinares, A. (2014). Problemática hídrico-sanitaria, percepción local y calidad de fuentes de agua en una comunidad Toba (Qom) del Impenetrable (Chaco, Argentina). *Salud colectiva*, 10(2), 225-242.
- http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1851-82652014000200007&lng=es&nrm=iso
- Martos-Rosillo, S., Durán, A., Castro, M., Vélez, J., Herrera, G., Martín-Civantos, J., Mateos, L., Durán, J., González-Ramón, A., Ruiz Constán, A., Jódar, J., Marín-Lechado, C., Gutiérrez, C., Hermoza, R., Bardales, J y Peña, F. (2020). La siembra y cosecha del agua en Iberoamérica; un sistema ancestral de gestión del agua que utiliza soluciones basadas en la naturaleza. *Tierra y Tecnología* 55, 1-16. <https://acortar.link/GbmVI>
- Mazz, J., Rostain, S., y McKey, D. (2016). Cerritos, tolas, tesos, camellones y otros montículos de las Tierras Bajas de Sudamérica. *Revista de Arqueología*, 29(1), 86-113. <https://doi.org/10.24885/sab.v29i1.444>
- Morello, J. y Adámoli, J. (1974). *Las grandes unidades de vegetación y ambiente del Chaco Argentino: Vegetación y ambiente de la provincia del Chaco*. Chaco: INTA.
- Nesis, F. S. (2005). *Transformaciones socioculturales entre los grupos Mocoví: Siglo XVIII*. Sociedad Argentina de Antropología.
- Oyarzabal, M., Clavijo, J., Oakley, L., Biganzoli, F., Tognetti, P., Barberis, I., Maturo, H., Aragón, R., Campanello, P., Prado, D., Oesterheld, M. y León, R. (2018). Unidades de vegetación de la Argentina. *Ecología austral*, 28(1), 40-63. http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1667-782X2018000100003&lng=es&tlng=es
- Palomeque, S. (1992) Los esteros de Santiago. Acceso a los recursos y participación mercantil (Santiago del Estero en la primera mitad del siglo XIX). *Revista Data* 2, 9-62.
- Paucke, F. (2010). *Hacia allá y para acá*. Santa Fe: Memorias. Ministerio de Educación y Cultura de Santa Fe.
- Reichlen, H. (1940) Recherches Archéologiques dans la Province de Santiago del Estero (Rép. Argentine). *Journal de la Société des Américanistes*, LXV, 133-237. https://www.persee.fr/doc/jsa_0037-9174_1940_num_32_1_2327
- Relaciones. (1940). *Los aborígenes de Santiago del*

Estero. Sociedad Argentina de Antropología, Vol. II.

Arqueología Histórica, 8(1), 7-44. <https://doi.org/10.24215/25456377e087>

- Salceda, S., Calandra, H., Lamenza, G., y Santini, M. (2008). Estrategias de ocupación del espacio y explotación de recursos en el pasado prehispánico en el territorio del Chaco Meridional (Argentina). *Investigaciones y Ensayos*, 57, 283-308. <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/113742>
- Salinas, M. y Folkenand, J. (comps.) (2017). *Cartas Anuas de la Provincia Jesuítica del Paraguay, 1714-1720, 1720-1730, 1730-1735, 1750-1756, 1756-1762*. Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad Católica.
- Taboada, C. (2014). Sequía Vieja y los Bañados de Añatuya en Santiago del Estero. Nodo de desarrollo local e interacción macrorregional. *Comechingonia*, 18, 93-116. <https://doi.org/10.37603/2250.7728.v18.n1.27628>
- Taboada, C. (2016) Montículos arqueológicos, actividades y modos de habitar. Vivienda y uso del espacio doméstico en Santiago del Estero (tierras bajas de Argentina). *Arqueología de la Arquitectura*, 13. <http://dx.doi.org/10.3989/arq.arqt.2016.003>
- Taboada, C. (2019). Procesos sociales prehispánicos y pericoloniales en torno a los ríos Salado y Dulce (Santiago del Estero, Argentina). *Revista del Museo de La Plata*, 4(2), 511-540. <https://doi.org/10.24215/25456377e087>
- Taboada, C. (2023). La casa que camina y los horcones del abuelo. Prácticas de construcción, desarme y traslado de viviendas tradicionales rurales en la llanura de Santiago del Estero (Argentina). Registro etnográfico e implicancias arqueológicas. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, 48, Número Especial 2, 316-346. <https://doi.org/10.24215/18521479e083>
- Taboada, C. y Angiorama, C. (2021). Tras los sitios de los pioneros y algo más. Prospecciones en la llanura de Santiago del Estero (Argentina) y aportes a problemáticas de investigación regional. *Arqueología*, 27(1), 41-67. <https://doi.org/10.34096/arqueologia.t27.n1.7625>
- Taboada, C. y Farberman, J. (2014). Asentamientos prehispánicos y pueblos de indios coloniales sobre el río Salado (Santiago del Estero, Argentina). *Revista Latinoamericana de Arqueología Histórica*, 8(1), 7-44. <https://doi.org/10.24215/25456377e087>
- Taboada, C. y Farberman, J. (2018). Interpretación interdisciplinaria para el sitio arqueológico Sequía Vieja en los Bañados de Añatuya y el pueblo de indios y curato de Lasco (Santiago del Estero, Argentina). En M. A. Muñoz (Ed.), *Interpretando huellas. Arqueología, Etnohistoria y Etnografía de los Andes y sus Tierras Bajas* (pp.15-32). Cochabamba, Universidad Mayor de San Simón.
- Taboada, C. y Rodríguez Curletto, S. (2023). Primera determinación de isótopos estables y nuevos fechados por AMS para la llanura de Santiago del Estero (Argentina). En Núñez Camelino, M., Barboza, M., Piccoli, C., Roca, M. y Scabuzzo, C. (Eds), *Libro de resúmenes del XXI Congreso Nacional de Arqueología Argentina* (pp. 63-64). Corrientes: Universidad Nacional del Nordeste. <http://congresoscnaa.org/congreso/wp-content/uploads/2023/08/Libro-de-Resumenes-XXI-CNAA.pdf>
- Tonni, E. P. (2006). Cambio climático en el Holoceno tardío de la Argentina. Una síntesis con énfasis en los últimos 1000 años. *Folia Histórica del Nordeste* 16, 187-195. <https://iighi.conicet.gov.ar/wpcontent/uploads/sites/29/2018/05/n16a11.pdf>
- Togo, J. (2004). *Arqueología Santiagueña: Estado actual del conocimiento y evaluación de un sector de la cuenca del Río Dulce*. [Tesis Doctoral, Universidad Nacional de La Plata].
- Veneri, L., Burgos, M., Zapatiel, J. y Taboada C. (2023). Primeros resultados de la identificación de sílicofitolitos en la llanura de Santiago del Estero (Argentina). En Núñez Camelino, M., Barboza, M., Piccoli, C., Roca, M. y Scabuzzo, C. (Eds), *Libro de resúmenes del XXI Congreso Nacional de Arqueología Argentina* (pp 280-281). Corrientes: Universidad Nacional del Nordeste. <http://congresoscnaa.org/congreso/wp-content/uploads/2023/08/Libro-de-Resumenes-XXI-CNAA.pdf>
- Vitar, B. (1997). *Guerra y misiones en la frontera chaqueña del Tucumán (1700-1767)*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Vitar, B. (2022). *Cuerpos bajo vigilancia. Las mujeres en las misiones jesuíticas del Chaco*. SB.

Wagner, E. y Wagner, D. (1934). *La Civilización Chaco-Santiagoña y sus correlaciones con las del Viejo*

y Nuevo Mundo (Tomo I). Compañía Impresora Argentina.